

Amadísimos fieles

Dijimos que Cristo había declarado terminantemente, categóricamente quién era tanto en privado, como en público. Estábamos recordando algunas de las escenas más clásicas y como modelos de la manifestación de su divinidad citamos el diálogo con el ciego del nacimiento después de su curación y la revelación hecha a la ~~magistera~~ Samaritana junto al histórico pozo de Jacob. Y quedamos hablando de una de las manifestaciones más ~~xxxxxxx~~ expresivas de Cristo, hecha en presencia de sus rivales los fariseos y escribas; aquella que hizo en el patio de Salomón a los fariseos y escribas que se le acercaron rogándole les sacara de la duda diciéndoles una vez terminantemente si El era el Cristo. Y desbaratando sus planes, les dice Cristo: ~~xx~~ "El Padre y yo somos una misma cosa"; Y bien que lo entendieron que echaron mano de las piedras para apedrearle "por la blasfemia; porque siendo un simple hombre se hace Dios". (Mt. 26-27)

Otro lugar del Evangelio donde aparece también terminantemente declarando su divinidad es, cuando los judíos le acusan de que cura a los enfermos en sábado (acababa de curar al paralítico que llevaba 38 años de enfermedad y en espera de ser curado en la piscina llamada probática) y Jesús les responde: "Mi Padre está obrando hoy como siempre; justo es que yo haga otro tanto". También esta vez entienden los judíos el enorme alcance de las palabras de Jesús, puesto que según añade ~~xxxxx~~ el Evangelista (Jo. V, 17), "tramaron con mayor empeño quitarle la vida, porque no solamente violaba el sábado, sino que decía que era Dios su Padre, haciéndose igual a Dios". No arredran a Jesús tan criminales intentos, antes ratificándose en sus solemnes afirmaciones, añade: "Todo lo que hace el Padre lo hace igualmente el Hijo. Y es que como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace. Pues así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así del mismo modo el Hijo da vida a los que quiere. Ni el Padre juzga a nadie, sino que todo el poder de juzgar ~~le~~ le dió al Hijo." (Jo. V, 33) Imposible parece que Jesucristo pueda hablar con mayor claridad, atribuyéndose la omnipotencia del Padre.

Y es que todo cuanto posee el Padre le pertenece a El con idéntico derecho. "Todo lo que tiene el Padre - dice a los Apóstoles - es mío". Es que como le hemos oído en otra ocasión "el Padre y El son una misma cosa".

Pero para qué ir buscando más testimonios? Toda su vida pública es un ~~test~~ atestiguar su filiación divina y un testimoniar con pruebas sus afirmaciones. Y ante público tribunal, ante el Supremo Tribunal religioso de los Judíos, ante aquel Sanedrín de 70 venerables ancianos, en el momento más solemne de su vida, declara una vez más su divinidad. El Príncipe de los Sacerdotes le conjura que en el nombre de Dios vivo diga si El es el Hijo de Dios vivo. Y Jesucristo con un gravedad inalterable, con una entereza indomable, con dominio y majestad imponentes, categóricamente, laconicamente "Ego sum", Yo soy, le contesta. Y porque reiteró su filiación divina, por eso precisamente le condenaron a muerte. "Nosotros tenemos ley, - dicen - y según esa ley, debe morir, porque se hizo Hijo de Dios. Ahí tenéis, queridos fieles, unas cuantas afirmaciones expresas, terminantes, reiteradas de Jesucristo afirmando su divinidad. Y sin pasar adelante, vamos a reflexionar un momento ante este hecho irrecusable de la afirmación de su divinidad.

Es ^{apurada} difícil la situación de los adversarios ante estos testimonios tan ^{estruendosos} solemnes de Cristo. No encuentran el modo de rechazarlos. No se atreven a decir que Jesús sea un impostor, porque la grandeza moral del Salvador les subyuga. Tienen que reconocer que Jesucristo era la inteligencia más sublime y profunda, lo más equilibrado y armónico que ha existido y puede existir. La persona de la moral, más pura y elevada, que fué la rectitud llena de luz y de verdad. Luego no fué un embaucador y un impostor. Todo esto conceden hoy nuestros adversarios, todos ellos reconocen en Cristo esas grandes cualidades que le elevan. Ahora bien históricamente comprobamos que ese Cristo dijo de Si que Dios Padre y El eran una misma cosa, que El era el Hijo de Dios, que antes de Abraham ya El tenía existencia, que el que no dase a los padres y a cuanto tuviese por El no entraría en el reino de los cielos, que El tenía todo poder en el cielo y en la tierra, que El vendría en el día final a juzgar a la humanidad entera... Lo dijo, lo dijo todo eso repetidas veces, aseverante, exigiendo que se le creyese; lo dijo en privado y en público y ante público tribunal... y tan claramente que por haberlo dicho le llevaron al ~~público tribunal~~ patíbulo...

Y si no era el Hijo de Dios, si no era anterior a Abraham, ~~nix~~ poseedor de todo poder en el cielo y en la tierra, si no era el Juez de la Humanidad, y se

lo creyó, Jesucristo fue, queridos fieles, un infeliz iluso, delirante, que no podía merecer la atención de nadie, ni podía haber despertado aquellos entusiasmos que le sportera en el pueblo, que no podía originar aquellas corrientes de simpatía y adhesión a su persona y a su doctrina. Y si es que no se lo creyera, sino que, sabiendo El que no era el Hijo de Dios, ni nada de cuanto afirmó, y lo afirmó, amadrantando con la condenación eterna a quien no le creyese, Jesucristo fue un refinado embaucador, un impostor. O era Dios, como afirmaba el mismo o era un enfermo mental... un infeliz delirante... y quién hay que se atreva semejante cosa ante la figura de Jesucristo en el Evangelio y ante su obra gigantesca... o en último término un embaucador, un impostor, un falsario, que nos engañó... Cabe que nos haya podido engañar, cabe que les pudiera engañar?

En los Evangelios hay una cosa que a la afirmación de Jesucristo sobre su procedencia, origen y naturaleza le da consistencia, le da credibilidad, y la hace inconfundible, infalible, a parte de su carácter, a parte de su rectitud, de su sinceridad reconocida hoy universalmente. Son sus obras. Y tan históricas como la afirmación son las pruebas que Jesucristo adujo para demostrarlas. Motivos tenía Jesucristo, por todo lo que se veía en su persona de santidad y de verdad, por todo lo que los profetas habían predicho del Mesías, que lo podían ver cumplido en El, para que se le creyese. Pero "si mihi non vultis credere, si a mi no me quereis creer, decía a sus adversarios, operibus credite", creed a mis obras." (Jo. 10, 30)

Al fin y al cabo, un falso profeta podría pretender hacerse pasar como Hijo de Dios; cualquier pretendiente ^{de Dios} de los Judíos, cualquier hombre de fantasía exaltada hubiera podido decir lo mismo. Pero no solamente afirmarlo sino obrar también como obra Dios, esto no ha podido hacer nadie, sino quien de veras era el Hijo de Dios. Ahora recurrimos a esas obras de Cristo, llenas de realidad, inconfundibles, infalsificables. Justo es que el entendimiento humano quiera pruebas de la realidad afirmada por Jesucristo. Sin pruebas no es de hombre razonable creer. Y pedimos pruebas positivas, de las que no podamos razonablemente dudar, de las que no puedan falsificarse. Ahora que cuando se nos presentan esas pruebas con todo el rigor crítico posible, no procedes como racional si las recusamos sin razón, por motivos de conveniencia y gusto.

Y nuestro Evangelio nos ofrece pruebas sensibles, tangibles, manifiestas, evidentes, ~~existentes~~ inconfundibles, por su manifiesta superación de las causas naturales, fuera, en absoluto del curso natural y ordinario, llenas de la dignidad y de la más trascendencia. En los cuatro Evangelios se cuentan 41 de estas pruebas, 24 en San Mateo, 22 en San Marcos, 24 en San Lucas, 9 en San Juan; en total distintas, 41, las demás son repetidas. Pruebas que constituyen la sustancia misma de los Evangelios. Pruebas de tal manera distribuidas en los Evangelios, que es en absoluto, en plena crítica científica, imposible interpolación alguna; porque los antecedentes y los consiguientes de esas pruebas - el porque se hacen esos milagros y la doctrina que con ocasión de ellos explica Jesucristo - son todo el Evangelio. Y todo el Evangelio, en plena crítica, con el criterio científico más riguroso, es un documento histórico de tal valor, que como veíamos por confesión de los mismos no católicos, pero especialistas en la materia, no hay otro libro de la literatura antigua que tenga, las garantías, las pruebas, no iguales, sino ni muy lejanas en favor de su historicidad.

No es este lugar apropiado para enumerar con pormenores todos los milagros de Cristo, ni siquiera para destacar los más notables. Leed los Evangelios y los encontrareis a cada paso. Antes de pasar adelante creo oportuno hacer algunas consideraciones sobre su valor probativo.

El mismo Cristo indicó varias veces que sus obras dan testimonio de su divinidad. En cierta ocasión S. Juan Bautista envió sus discípulos a Cristo para que les dijera El si era en efecto el Mesías que había de venir. Cristo los respondió con la siguiente respuesta: "Id y contad a Juan lo que habeis visto y oído. Los ciegos ven, los cojos andan, los leproso quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan". En otra ocasión condena el Señor la incredulidad de Corozain y Betasaida, porque a pesar de los milagros que en ellos había obrado seguían obstinados en no creer, en no hacer penitencia.

De las mismas palabras del Señor se echa de ver que al obrar cosas extraordinarias El seguía un plan consciente, prefiado, queriendo probar con ellas su misión divina. Y porque por sus obras quería demostrar su divinidad, los hace no delante de unos cuantos invitados, ni en sesiones de cuartos oscuros, en que las cortinas no dejan penetrar luz, ni en medio de una excitación que sacude los nervios, sino en la mayor publicidad, delante de las muchedumbres, a la presencia de sus enemigos, con la mayor naturalidad, espontaneidad.

Y hago esta advertencia, esta observación porque los enemigos de Jesucristo hace ya dos mil años hacen lo posible para librarse de la fuerza probativa, demasiado manifiesta de los milagros de Cristo.

Efectivamente, si los milagros son verdaderos, entonces Cristo era Dios... No cabe la menor duda. Que los tales milagros se obraron realmente, no hay nadie que se atreva a ~~negarlo~~ negarlo. El mismo Rousseau se atrevió a escribir: "Es tan grande, tan sorprendente, tan inimitable el sello de la verdad que ostentan los Evangelios, que no pueden ser estos mera invención. Nadie niega los hechos de Sócrates y con todo no son tan ciertos como los de Jesús" No pudieron negar los milagros, intentaron entonces explicarlos, a su manera... por la sugestión, por la hipnosis, por la transmisión del pensamiento, la clarividencia, el espiritismo, el ocultismo... Podríamos analizar tranquilamente tan chocante afirmaciones, que si entre los milagros de Jesús no encontráramos sino curaciones de enfermos de nervios, si sólo viéramos que habló a los paralíticos y estos se levantaron...., entonces acaso las obras de Jesús podrían explicarse por la sugestión... entonces acaso tales afirmaciones tendrían algún fundamento.. Pero más útil que detenernos en consideraciones generales, es ver de cerca los mismos hechos, los mismos milagros. Recurramos una vez más a esas encantadoras paginas del Evangelio, que uno nunca se cansa de leer, gustar, rumiar...

En cierta ocasión Jesucristo levantólos ojos y vió una turba numerosísima que había venido a El, y compadecido de ellos, porque estaban como ovejas sin pastor, lo recibió y comenzó a enseñarles; comenzó a predicarles. Eran muchos, más de 5000, sin contar muchedumbre de mujeres y niños.. que le siguieron durante el día sin comer nada. Tal era la fuerza de atracción que ejerció a aquel gran Maestro y Predicador, que no se debieron acordar de nada.

Venida la tarde y